entre nosotros y otras naciones del mundo acontece; y de aquí resultaba haber algo más de lo ordinario. Y esto que se dice de estos tlaxcaltecas, decimos también de los huexotzincas y otras provincias entre sí con los mexicanos; pero eran muy fáciles en desavenirse; y por esto volvían a enemistarse y ser unos contra otros. Esto digo porque en lo que dejo dicho atrás parecerá que en algunas cosas de éstas puede haber contradición; pero podrálas excusar el que la pensare con haber oído lo dicho. Y en estas ocasiones (que solían durar por alguna temporada) los señores mexicanos y tetzcucanos enviaban a los nobles de la república grandes presentes y dádivas de oro, ropa, cacao, sal y otras cosas de las que en aquellos tiempos usaban; y esto era con mucho recato y sin que la gente plebeya lo supiese ni entendiese; y se saludaban secretamente, guardándose el decoro que se debían los unos a los otros; mas con todos estos trabajos jamás se dejaba de gobernar la república con la rectitud de costumbres que tenían, guardando inviolablemente el culto de sus falsos dioses y preciándose de no reconocer a ningún rey mexicano por señor, teniéndose por señores de su república ellos; y de esta manera se conservaron hasta que entró en el imperio Motecuhzuma, el segundo de este nombre.

CAPÍTULO LXXI. *De cómo el rey Motecuhzuma, al segundo año de su reinado, hizo mover guerra contra los de Tlaxcalla, y lo que sucedió*

A CUANDO MOTECUHZUMA había un año que reinaba se hallaban los mexicanos casi señores de toda la monarquía de este nuevo mundo. Sólo sentía su rey no verse reconocido de los de la provincia de Tlaxcalla (que en comparación de lo que tenía por suyo y a su obediencia, no era de ducientas partes una), y sentido de que solos éstos tuviesen libertad y viendo su gran poder echó bando, que todos los sujetos a Mexico saliesen en cierto día señalado a dar combate a los de Tlaxcalla, cercándoles la provincia por todas partes; pareciéndole que con este tan gran poder serían vencidos y asolados, o se darían a partido viéndose tan oprimidos y apretados. Eran en esta sazón los que gobernaban esta república cuatro hombres de grande autoridad y muy guerreros. El de la cabecera de Ocotelolco se llamaba Maxixcatzin, el de Tizatla, Xicotencatl y el de Quiahuiztlan, Teohuayyacatzin y el de Tepeticpac, Tlehuexolotzin. Éstos tenían todo el gobierno de esta república (como en otra parte decimos) y de éstos pendían todos los demás señores que había en ella, no faltándoles en nada.

Oído el bando de Motecuhzuma, que corrió muy apriesa por toda la tierra de su imperio, salió luego al cumplimiento de él Tecayahuatzin, señor de la ciudad y provincia de Huexotzinco y para hacer mejor su hecho se confederó con los cholultecas, que juntos los unos con los otros vinieron publicando guerra a fuego y sangre. También se quisieron valer en esta

ocasión de astucia y maña como de fuerzas, y para esto intentaron de atraer a sí y sobornar a los del pueblo de Hueyotlipan, sujetos de Tlaxcalla, que estaban puestos en frontera de mexicanos y tetzcucanos y a todos los otomies, que asimismo estaban por guarnición de sus términos; de lo cual los señores de Tlaxcalla tuvieron aviso dado por ellos mismos, y por esto vivieron de allí adelante muy recatados y casi no haciendo confianza de estas sus mismas gentes; porque por alguna traición o engaño no fuesen entrados y destruidos; porque era grande el combate que se hacía siempre a los de las fronteras y guarniciones con dádivas de joyas, rodelas, armas y otras cosas de estimación de que ellos carecían; y lo que les pedían era no que les fuesen favorables en la pelea, sino que cuando se hubiese de dar el combate general por todas las partes de la provincia, que los dejasen y no peleasen; y que si así lo hiciesen serían muy bien remunerados por los príncipes mexicano, tetzcucano y tepaneca, y que habiendo vencido y tomado el reino de Tlaxcalla serían libres de servidumbre y señores de muchas tierras y entrarían a la parte en todo lo que se ganase. Oían siempre estos fronteros todas estas razones y promesas; pero jamás consintieron en desamparar a sus amigos antiguos los tlaxcaltecas que de muchos años atrás los tenían por hermanos y confederados, con los cuales se habían conservado y a su amparo se habían defendido de otras gentes que les habían pretendido hacer guerra y destruirlos; y respondieron que no sólo no harían tan gran traición y aleve, pero que prometían de morir por su patria y república y desde entonces pusieron mucho más cuidado en guardar sus puestos y fronteras.

Viendo los huexotzincas y chololtecas (que fueron los primeros que llegaron a probar ventura en este cerco) que no podían inclinar los ánimos de los de las fronteras, que eran las partes por donde con más facilidad y a menos riesgo podían entrarles, salieron de sus ciudades determinados de entrar por donde pudiesen, y entrando por tierras de Tlaxcalla iban haciendo grandes daños, fuerzas y robos y llegaron a un lugar que está una legua de la ciudad de Tlaxcalla, llamado Xiloxuchitla, donde hicieron grandes tiranías y crueldades en sus moradores y otras gentes que por allí hallaron descuidados. Y aquí salió un valiente capitán, llamado Tizatlacatzin, con alguna gente a favorecer a éstos que con descuido los habían cogido, y aunque peleó valientemente con ellos no pudo resistirse por mucho tiempo, porque era con grande exceso mayor el número de la gente de los enemigos, y así lo mataron habiendo vengado su muerte muy varonilmente. La muerte de este capitán fue muy sentida, porque era uno de los más principales hombres de la cabecera de Ocotelolco; pero aunque murió este caballero en esta batalla parece que venció, porque con su llegada a aquel puesto detuvo a los enemigos que no pasasen adelante, los cuales viendo que ya habían sido sentidos se volvieron atrás, retrayéndose a sus tierras. Esta guerra hecha tan sin fruto en esta provincia fue principio de las otras muchas que entre sí tuvieron estas dos provincias en los años siguientes, hasta la venida y entrada de los españoles, que fue por tiempo de más de diez y siete años. Otros vinieron contra ellos por otras partes, pero fue muy in-

fructuosa su venida, porque como ya estaban apercibidos y ellos muy fortificados en su sitio no hicieron nada.

De este mal principio que los huexotzincas tuvieron en esta batalla dicha se escaldaron tanto los tlaxcaltecas que ya no sólo los aguardaban en sus casas para recibirlos de guerra, sino que saliendo de ellas les corrían las tierras y talaban los sembrados y los ponían en muy grande aprieto; y fue tanta la pujanza de los tlaxcaltecas que en poco tiempo los arrinconaron en un sitio muy abreviado y corto; en especial una vez que los acometieron por la parte alta de la Sierra Nevada donde los tuvieron muy apretados y a riesgo grande de perderse, por lo cual enviaron sus mensajeros con grande priesa a esta ciudad de Mexico al gran señor Motecuhzuma, diciéndole el peligro en que estaban y la necesidad grande que tenían de su favor y socorro. El rey Motecuhzuma que oyó el mensaje hizo juntar mucha gente que fuese en su ayuda y envió con ellos a un hijo suyo, llamado Tlacahuepantzin, por capitán general; y bien entendieron los huexotzincas que en llevar tan gran socorro y favor de tan gran rey acabarían con sus enemigos y así se partieron muy contentos y los mexicanos fueron al cerco que los tlaxcaltecas les tenían hecho. Hicieron su entrada por la parte de Tetela (que es la otra parte del volcán, hacia la del mediodía) y Tuchimilco y bajaron a Quauhquecholan donde les acudieron todos los de Itzucan y Chietla, como vasallos de Mexico. Tuvieron noticia los de Tlaxcalla de esta llegada y saliéronles al encuentro antes que pasasen adelante ni llegasen a sus tierras, porque no les hiciesen en ellas algún daño, y pudieron hacer esta salida muy fácilmente porque como los huexotzincas estaban subidos en la sierra, habían dejado los llanos desocupados por donde pudieron tener paso seguro los de Tlaxcalla para ir a detener los que les venían de socorro; y así entraron muy a su salvo y sin estorbo por Tlecaxtitlan, Acapetlahuacan y Atlixco, antes que los huexotzincas y mexicanos se desenvolviesen; y dieron sobre ellos con tanto ímpetu y ira que como los cogieron desapercibidos hicieron cruel estrago en ellos, tanto que desbaratados todos y muertos muchos se retiraron huyendo; y en este acometimiento murió Tlacahuepantzin, hijo del rey Motecuhzuma, que era su capitán general. Siguieron los tlaxcaltecas el alcance y hicieron un muy grande despojo de todo lo que llevaban, porque con la priesa del huir dejaban atrás el bagaje y riquezas. Con esta victoria se volvieron a su tierra muy alegres y honrados, con la cual pusieron tan grande espanto en toda la tierra que lo supo, que ya los tenían por invencibles.

Como de esta salida tuvieron los tlaxcaltecas tan buen suceso volvieron contra los cercados y, aunque por ser valientes y estar bien pertrechados no los pudieron ofender, les talaron los panes, y con este daño pasaron a sus tierras, de la cual les sobrevino a los huexotzincas y cholultecas tan grande hambre que perecían, y para valerse en ella y socorrerla se vinieron muchos de ellos a las provincias aculhuas y mexicanas donde, con licencia de sus reyes, estuvieron todo el tiempo de su necesidad en el ínterin que en ella se les proveía de remedio. Estas guerras, que aquí hicieron estas familias, se pueden llamar civiles, porque tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas

eran todos unos, parientes y amigos y aunque cuando tratamos de huexotzincas contra tlaxcaltecas no nombramos con ellos a los chololtecas, hase de entender que ambas familias se juntaban como confederadas y juramentadas contra ellos, pero no mostraban mucha valentía los cholultecas, porque eran más mercaderes y lapidarios que soldados, aunque acudían a ellos como confederados con los huexotzincas.

CAPÍTULO LXXII. *De lo que el rey Motecuhzuma hizo cuando supo la muerte de su hijo Tlacahuepantzin en la guerra contra los de Tlaxcalla*

L SUCESO PASADO DE LA HUIDA DE LOS MEXICANOS, muerte de su capitán general Tlacahuepantzin y victoria de los tlaxcaltecas llegó a oídos de Motecuhzuma, el cual apesarado del hecho y enojado contra los que le habían muerto el hijo determinó de destruir y asolar de todo punto la provincia de Tlaxcalla, para lo cual llamó a consejo de guerra y en él habló muy sentidamente con los suyos y entre otras muchas razones que les dijo fueron las de más cuenta éstas: determinado estoy de que todo el poder mexicano vaya contra los tlaxcaltecas, porque nos tienen grandemente ofendidos y enojados con los atrevimientos tan grandes que han tenido; y ya que hasta ahora los han dejado de destruir nuestros antepasados, por tenerlos enjaulados como codornices para hacer sacrificio de ellos y para que el ejercicio militar de la guerra no se olvidase y porque tuviesen en qué ejercitarse los hijos de los señores mexicanos, empero ahora, que han muerto a Tlacahuepantzin mi hijo, con atroz atrevimiento, es mi voluntad de destruir a Tlaxcalla y asolarla porque no conviene que haya más de una sola voluntad, un solo mando y un absoluto poder, y estando Tlaxcalla por conquistar no me tengo por señor universal del mundo. Esto oído por el senado votaron todos que así se hiciese. Luego salieron mensajeros por todas partes que fueron diciendo estas cosas por las provincias y reinos sujetos y confederados de los mexicanos; y al día señalado vinieron sobre Tlaxcalla tantos que parece número increíble. Cercaron la provincia por todas partes, poniéndose por las partes del norte los zacatecas y tuzapanecas y los de Tetellan, iztacmixtitecas y los tzauhtecas; luego seguían en contorno por las del sur los de Tepeaca, los quecholtecas y tecamachalcas, tecalpanecas y totomihuas; luego seguían chololtecas, huexotzincas, tetzcucanos, aculhuas, tenuhcas, mexicanos y otros muchos de otras familias, y fueron tantos que ciñeron toda la comarca de la provincia haciendo un círculo redondo para cogerlos enmedio y destruir las guarniciones y presidios, con ánimo de entrarles en la ciudad y pasarlos a todos a fuego y sangre.

De este repentino hecho estaban ignorantes los señores cabeceras de Tlaxcalla, porque aunque tenían siempre aviso de las cosas, de esto no lo supieron; y estaban en su ciudad descuidados; pero como toda la provincia